

paña venía protestando contra la política de mesura y consideraciones que aconsejaba el embajador francés barón Gros, juzgó necesario amedrentar al príncipe Kong y demás autoridades chinas con un violento golpe de audacia, con tanto mayor motivo cuanto que se adquirieron pruebas de que algunos de los prisioneros habían sido bárbaramente inmolados. En su consecuencia dió orden á sus tropas de entregar á las llamas todos los edificios que componían el Palacio de verano, junto con las magnificencias que no se habían podido llevar los soldados, orden que se cumplió con rigurosa exactitud, y en la tarde del 18 de octubre todas aquellas maravillas fueron consumidas por un voraz incendio.

El resultado de esta asoladora determinación justificó la idea que la había aconsejado. Desde aquel momento las negociaciones para la paz se hicieron rápidamente, y quedó firmada en Pekín el 25 de octubre de 1860 por el príncipe Kong, lord Elgin y el barón Gros. En el tratado de paz quedaron confirmadas las concesiones del celebrado en Tientsin el 27 de junio de 1858 y se añadieron otros artículos contenidos en un acta separada. En ellos se estipulaba la completa igualdad de relaciones entre el Celeste Imperio y las demás potencias europeas, se abrían otros seis puertos al comercio, se establecía la protección de los súbditos ingleses y franceses que quisieran habitar en China, se autorizaba el libre ejercicio de la religión católica y la propaganda de los misioneros y se prometía una indemnización de guerra de ocho millones de tael.

Firmada la paz, las tropas francesas comenzaron su movimiento de retirada el 1.º de noviembre, y las inglesas cinco días después. Al cabo de algunos meses desembarcaron las primeras en Marsella, donde se las hizo excelente acogida; pero fuerza es confesar que el resultado de esta campaña no entusiasmó en general al público francés, tal vez por haberse realizado á tan inmensa distancia y no haber podido sentir la impresión inmediata de sus peripecias, tal vez, y esta era la razón más evidente, porque se recelaba que el principal provecho de ella fuese para la Gran Bretaña.

IV

LAS ANEXIONES ITALIANAS

Los preliminares de la paz de Villafranca habían quedado sin entero cumplimiento, á pesar de haber sido ratificados en 10 de noviembre de 1859 por la paz definitiva hecha en las conferencias de Zurich. Por una parte, Napoleón III trataba de desligarse honrosamente de los compromisos contraídos, hallando facilidades para ello en la actitud de Inglaterra, la cual proponía, entre otras cosas, que Francia y Austria no intervinieran en adelante en los asuntos interiores de Italia, á menos de contar con el asenso unánime de las demás potencias. Por otra parte, aunque el gobierno piemontés llamó á los comisarios que habían gobernado durante la guerra los países sublevados, no hizo gran oposición á que algunos, como Farini en Módena y Parma, y Ricasoli en Toscana, se erigieran en dictadores para preparar la anexión al Piamonte. Por último, el nombramiento de Thouvenel en reemplazo de Walewski como ministro de Negocios extranjeros de Francia y la vuelta de Cavour al poder acabaron de precipitar los sucesos que se desarrollaron en 1860 en toda Italia.

En todas las provincias del Centro y Norte de esta península se había trabajado con afán para conseguir de la población su decidida resolución de agregarse á la monarquía piemontesa y de organizar la defensa contra un probable ataque de las dinastías expulsadas, y en el tomo anterior dejamos consignado que Toscana, en donde el partido autonomista había menguado mucho, eligió una asamblea nacional que el 20 de agosto de 1859 votó la definitiva expulsión de los príncipes de la dinastía lorenesa y la anexión del país al Piamonte. La asamblea nacional de Módena decretó el mismo día la exclusión de la casa de Lorena y al siguiente declaró por unanimidad la unión del país con los demás dominios de la casa de Saboya. En Parma se había decidido ya por un plebiscito, por sesenta y tres mil votos contra quinientos, el destronamiento de la casa de Borbón y la anexión al Piamonte, decisión confirmada en 14 de septiembre por la asamblea nacional, y una semana antes habían tomado igual resolución los habitantes de las Romañas.

Para apoyar estas decisiones, organizáronse militarmente dichos países, y Ricasoli, que mandaba en Toscana, llamó el contingente de este ducado que formaba parte del ejército piemontés en Lombardía, confiando su mando á Garibaldi: Toscana y Módena firmaron una alianza militar, en la que entraron lue-

go Parma y las Romañas, que debían aprontar respectivamente diez mil y siete mil hombres, y los ducados cada uno cuatro mil. Al frente de estas tropas se puso el general Manfredo Fanti, natural de Módena, que después de haber adquirido experiencia en la guerra carlista de España, entró en 1848 en el ejército piomontés y era un organizador excelente. El nombramiento de este general para mandar en jefe dichas fuerzas debió molestar á Garibaldi que tenía ciertas miras sobre ellas, y renunció á su puesto, aceptando algún tiempo después el que el rey le confió como organizador de la guardia nacional de Lombardía.

En tal estado las cosas, uno de los primeros cuidados de Cavour fué estrechar de tal modo la alianza del Piamonte con Inglaterra, que Francia se viera arrastrada á ceder en sus proposiciones de arreglo de los Estados de la península italiana, so pena de ver pasar á Londres todo el agradecimiento de este pueblo. Las relaciones con sir James Hudson, ministro británico en Turín, eran por aquella época muy íntimas y lo fueron más aún. Hacía ya años que se habían entablado inteligencias con la prensa inglesa; nada se descuidó para estimular esta benevolencia, y los periódicos de la City encomiaron más que nunca la prudencia piomontesa. El representante de Cerdeña en Londres, marqués de Azeglio, estaba unido á lord Pálmerston con antiguos vínculos de amistad, la cual, hábilmente conducida, hizo más cordiales las relaciones oficiales. Lord John Russell, jefe del *Foreign office*, había formulado á mediados de enero una proposición que equivalía al reconocimiento de los hechos consumados. Según este proyecto, Francia y Austria se comprometerían á no intervenir en los asuntos de Italia; el emperador Napoleón se entendería con el Papa para evacuar en breve plazo los Estados romanos; y en cuanto á los pueblos de la Italia central, serían llamados á emitir por medio de sus asambleas un nuevo voto sobre sus destinos futuros, y si este nuevo voto era semejante al primero, no se opondría ningún obstáculo á la realización de sus deseos y Europa sancionaría lo que la voluntad popular había proclamado dos veces. El 16 de enero se sometió esta combinación al gobierno francés, es decir, cuatro días antes de encargarse nuevamente Cavour del ministerio piomontés. ¿Qué podía objetar el gabinete de las Tullerías á este plan? Acceder á él equivaldría á concederle todo; oponerse sería causar á Italia tal disgusto que se olvidaría todo, hasta la sangre vertida en Solferino.

Preparadas así las cosas, Cavour pudo creerse bastante fuerte para arrancar al emperador la suprema ratificación. Quiso ir en persona á París con tal objeto, pero habiéndosele opuesto serias objeciones, envió á uno de sus discípulos, verdadero *alter ego*, bastante joven y sobrado modesto para obedecerle ciegamente, el caballero Nigra; pero temeroso de que la juventud de este enviado pudiera perjudicar al éxito de las negociaciones, el ministro sardo comisionó con el mismo objeto á Arese, que como antiguo é íntimo amigo del emperador, ejercía gran influencia en su ánimo. Sus instrucciones le prescribían combatir y allanar los últimos obstáculos opuestos á las anexiones; pero su misión tenía además otro objeto. Hacía algún tiempo que se hablaba mucho de una cesión territorial

que sería para el gobierno francés la indemnización de sus complacencias y serviría de contrapeso á las indemnizaciones del Piamonte. Para que el resultado fuese satisfactorio, importaba disminuir en lo posible el sacrificio y aplazarlo hasta después de las anexiones, y ¿quién mejor que Arese podría conseguir del emperador que redujera sus exigencias?

Poco después de su llegada, el conde Arese fué recibido por el ministro de Negocios extranjeros. Arese fué breve en sus manifestaciones. Thouvenel for-



El general Manfredo Fanti

muló entonces, no las voluntades, sino los deseos, los votos, los consejos del gobierno francés. Concedía al Piamonte la soberanía de los ducados; cedía también en cuanto á las Romañas, con la única reserva de un tributo pagado á la Santa Sede: era la combinación del vicariato otorgado al Papa, poco alarmante para Cavour y que sin duda se frustraría por la negativa del Padre Santo á aceptarlo. Por lo que hacía á Toscana, nadie pensaba ya como antes en devolverla á sus archiduques ó en convertirla en patrimonio del joven duque de Parma. Sin embargo, no debería anexionarse á Cerdeña, sino formar un reino separado bajo el cetro de un príncipe de la casa de Saboya. Decía Thouvenel que si el rey Víctor Manuel aceptaba este plan, podía contar con el apoyo más eficaz del emperador; pero si lo rechazaba y persistía en reunir bajo su cetro las provincias

toscanas, no por eso se entendería rota la alianza franco sarda, pero Cerdeña debería obrar por su cuenta y riesgo y sin ninguna garantía de Francia.

En rigor, este lenguaje era singularmente benévolo; se trataba de un simple aviso, que se podría infringir sin menoscabo de la antigua amistad. Sin embargo, Arese esperaba más aún, porque había llegado á París con una impresión entonces dominante en Turín, la de que Francia se apropiaba sin reserva las proposiciones inglesas. Inmediatamente anunció á Cavour el último esfuerzo hecho por el gobierno francés en favor de la autonomía toscana, y con más ironía que recelo añadía: «Dentro de tres ó cuatro días Thouvenel enviará á V. E. una especie de *ultimátum de agua de rosas*.»

Cavour estaba en Milán cuando recibió el despacho de Arese. Llegado á este punto de su fortuna, no quería ni podía retroceder, y telegrafió á Ricasoli á Florencia: «Cuenta usted con mi abnegación y en caso necesario con mi audacia.» Y al marqués de Azeglio: «Antes que abandonar la Toscana, antes que aceptar una nueva conferencia sobre los asuntos de Italia, pedimos que se nos deje solos componérnoslas con Austria.» Al mismo tiempo, en una larga carta dirigida á Arese, le exhortó á valerse de todos los privilegios de la amistad para que el emperador levantara aquella especie de *veto in extremis* opuesto á las ambiciones sardas. Ponderó los deseos del pueblo toscano; representó el estado avanzado de las cosas que no permitían ya retroceder, y con un calor de expresión que no le era habitual, Cavour encomió el agradecimiento italiano. «¿Qué fuerza, decía, no podrá encontrar el emperador en el apoyo entusiasta de un pueblo que, unido al francés, formará una masa compacta de cincuenta millones de hombres?»

El 20 de febrero, Arese celebró dos entrevistas con el emperador y con M. de Thouvenel. La contestación fué la misma. El gobierno francés cedía en todo, excepto en lo referente á Toscana. Aun con respecto á Florencia sus deseos eran modestos, pues consistían en sustituir á la dominación directa del rey de Cerdeña la de un príncipe de la casa de Saboya, y aun se dejó entender que habría reversibilidad; de esta suerte la idea de la anexión quedaba simplemente aplazada en vez de desechada para siempre. El deseo era modesto, y además no excedía del alcance de un buen consejo; la única condición era que Francia no emprendería una nueva guerra en favor de ambiciones que en adelante juzgaría excesivas. Cuatro días después un despacho de M. de Thouvenel á M. de Talleyrand resumió en estilo oficial las últimas y débiles resistencias de la corte de las Tullerías. Era el *ultimátum de agua de rosas* que había anunciado el conde Arese.

Cavour había arrojado otros muchos *ultimátum*, y la pequeña agitación que causaba la suerte de Toscana no era á sus ojos más que el postrer remolino de la tempestad cuyas olas había enseñoreado. Su respuesta, formulada el 1.º de marzo, fué una negativa á limitar los engrandecimientos de Cerdeña.

El día mismo en que llegaba este despacho á París, el duque de Gramon



EL MARQUÉS MÁXIMO DE AZEGLIO

Representante de Cerdeña en Londres

tenía en Roma una larga conferencia con el cardenal Antonelli, secretario de Estado del Padre Santo, en la cual se esforzó en vano por hacer aceptar á la Santa Sede la idea del vicariato.

Resultado: que la política francesa tropezaba al mismo tiempo con una doble negativa: la del fuerte, que confiando en adelante en su fuerza, se sacude de la mano que lo había sostenido, y la del débil, que prefería su debilidad al recurso precario de una transacción.

Con su actividad característica, Cavour vió á Farini, gobernador de la Emilia (nombre que se dió desde 1.º de enero á la reunión de Parma, Módena y la Romana), y se puso de acuerdo con Ricasoli, dictador de Toscana. «Es menester, le dijo, que todo esté concluído para el 15 de marzo.» La respuesta á los avisos de Francia fué la convocatoria, en los cuatro Estados de la Italia central, de los electores llamados por segunda vez á decidir de su suerte. Como se había puesto en duda la sinceridad del primer escrutinio, se resolvió que esta vez la votación sería universal.

En la Emilia, el resultado de la votación estaba previsto de antemano. La unión con Cerdeña existía de hecho, y cuantos decretos se habían promulgado hacía muchos meses no tuvieron más objeto que afirmarla. El Piamonte tenía en todas partes sus agentes, de suerte que la votación sería dirigida por los mismos que debían aprovecharse de ella. El resultado fué que de 426.000 electores, sólo 750 votaron contra la anexión al Piamonte.

En Toscana, donde la unanimidad no era tanta, comenzó la votación el 11 de marzo y duró hasta el 15. De 386.445 electores, 14.925 votaron por un reino separado, hubo 4.929 votos nulos, y el resto ó sea 366.571 se decidieron por la anexión á Cerdeña.

El 18 de marzo llegó Farini á Turin, y entregó á Víctor Manuel el acta de la votación de la Emilia. El rey aceptó con efusión este magnífico homenaje y exclamó: «En adelante llamaré á esos pueblos mis pueblos.» Haciendo luego alusión á las Romanas, añadió que estaba dispuesto á reconocer la alta soberanía del Padre Santo, á defender su independencia y á contribuir al brillo de su corte. Cuatro días después Ricasoli presentó al rey el acta de la votación de Toscana, que el monarca aceptó sin reserva, disponiendo que el gobierno piamontés se encargara de estos nuevos territorios el 25 de marzo. Sin perder tiempo se efectuaron en todas partes las elecciones para diputados, y el 2 de abril se reunió en Turin el primer parlamento del Piamonte engrandecido.

V

NIZA Y SABOYA

El 1.º de marzo de 1860 se celebró la solemne apertura de las Cámaras francesas. El discurso de la corona era siempre un acontecimiento, pues el mismo Napoleón III lo redactaba y corregía las pruebas con el mayor cuidado. Cifrando en su redacción el amor propio de monarca y de escritor, los pronunciaba con voz sonora. El emperador era un publicista coronado, cuyo lenguaje lo mismo lo podían comprender los hombres ilustrados que las masas.

El discurso de la corona de 1860 fué más leído y comentado que de costumbre. Era como un oráculo cuyo sentido procuraba adivinar cada cual.

Refiriéndose al resultado de la guerra de Italia, decía el emperador: «Confío en que las dificultades tocan en Europa á su término, y la Italia está en vías de constituirse libremente. El pensamiento dominante del tratado de Villafranca consistía en obtener la independencia del Véneto en cambio de la restauración de los archiduques. Mas habiéndose frustrado esta transacción, á pesar de mis vivas instancias, he manifestado mi sentimiento lo mismo en Viena que en Turin. Garantizando con mi ejército á Italia de la intervención extranjera, me asistía el derecho de fijar los límites de esta garantía. Por eso no he vacilado en declarar al rey de Cerdeña que, sin perjuicio de dejarle la entera libertad de sus acciones, no me era posible seguirle en una política que tenía la falta de aparecer á los ojos de Europa como deseosa de absorber todos los Estados de Italia y amenazaba con nuevas complicaciones. Le he aconsejado que respondiera favorablemente á los votos de las provincias que se le ofrecían espontáneamente, pero que mantuviera la autonomía de Toscana y respetara en principio los derechos de la Santa Sede. Si este concierto no satisface á todos, tiene al menos la ventaja de conservar los principios, de calmar los recelos y hace del Piamonte un reino de más de nueve millones de almas.»

El emperador hacía en seguida presentir la próxima anexión de Saboya y Niza. «En vista de esta transformación de la Italia del Norte — decía en su discurso, — que entrega á un Estado poderoso todos los pasos de los Alpes, era deber mío velar por la seguridad de nuestras fronteras y reclamar las vertientes francesas de las montañas. Esta reivindicación de un territorio de corta extensión no tiene nada que deba alarmar á Europa ni da un mentís á la política de desinterés que he proclamado más de una vez, porque Francia no puede proce-